profetas, les dice, son llamados dioses en la Escritura, porque se les ha dirigido y confiado la palabra de Dios; con mucha mas razon es Dios el Verbo de Dios. Es evidente por todo lo que yo hago que he sido santificado, esto es, engendrado en la eternidad por mi Padre, y enviado por él en el tiempo al mundo para ser el Mesías; ¿y os atreveis á decir que blasfemo, *porque he dicho yo soy el Hijo de Dios?* (*Joan.* 10.) Si yo no hago obras del Hijo de Dios, de un hombre Dios, del Mesías, no me creais, y decid que soy un impostor y que blasfemo; pero si las hago, y no quereis creerme á mí, creed en mis obras, dirigidas á que conozcais y creais que el Padre está en mí, y yo estoy en él, y que mi Padre y yo somos una misma cosa.»

Tiene el corazon demasiada influencia sobre nuestros pensamientos y nuestros juicios, para que deje ver la verdad á aquellos á quienes ciega la pasion. Los fariseos y los escribas, aunque confundidos, no por eso fueron menos incrédulos, y su odio contra el Salvador crecia con su indocilidad: hubieran deseado perderle; pero temian alguna conmocion popular, y Jesus, que no queria anticipar su hora, se sustrajo de sus manos. Sin embargo, la malicia de los fariseos no pudo impedir el que muchos de los que le habian oido creyesen en él, y que fuesen á buscarle al otro lado del Jordan, adonde se habia retirado, y se declarasen discípulos suyos. «Juan, decian, no ha hecho milagros, y Jesus hace muchos; por otra parte, todo lo que Juan ha dicho de este hombre ha salido verdad; debemos, pues, creerle sobre su palabra y adherirnos á él.» Los milagros de Jesucristo, y el testimonio de Jesucristo, eran las pruebas sencillas pero convincentes; era necesario estar tan ciegos por la pasion como lo estaban los escribas y los fariseos, para no rendirse á unos testimonios tan claros y tan seguros.

§. XXXIX.

Jesucristo se hospeda en casa de Marta, y descubre la hipocresía de los fariseos.

Pasando el Hijo de Dios con sus discípulos por Bethania, se hospedó en casa de Marta, hermana de María y de Lázaro, á quienes Jesus honraba con su estimacion y su amistad: fué recibido con mucho gozo de aquella familia, y mientras que Marta estaba muy afanada en preparar todo lo que era necesario para obsequiar á su divino huésped, su hermana se mantenia sentada á los pies de Jesus, y escuchaba con ansia sus santas instruc-

55.

ciones. Viéndose Marta sobrecargada de trabajo por haber de acudir á todo, se quejó al Salvador de que su hermana la dejaba sola en su fatiga, y le pidió que la mandase que fuese á ayudarla, y que no la dejase sola en el trabajo; mas Jesus, justificando la piedad de María y su eleccion: «Marta, Marta, la dijo (*Luc.* 10.), tú te inquietas, y te embarazas en muchas cosas, cuando, al fin, una sola es necesaria: María ha elegido la mejor parte, la cual no se le quitará.» No condenaba el Salvador la hospitalidad que Marta ejercia tan caritativamente con él y con sus discípulos, condenaba solamente la inquietud y la turbacion que causa un afan demasiadamente escesivo; preferia á ella el zelo de su propia perfeccion y el cuidado de la salvacion, que es ciertamente la única cosa indispensablemente necesaria, y preferible á cualquiera otra solicitud, por laudable que sea. Los fariseos murmuraban mucho entre sí de que Jesus se habia puesto á la mesa sin haberse lavado las manos; el Salvador que penetraba hasta sus mas secretos pensamientos, se aprovechó de esta ocasion para quitar la máscara á su hipocresía, y hacerles conocer las ilusiones groseras de que se alimentaban.

«Vosotros fariseos, les decia con un tono de maestro, cuidais mucho de limpiar el esterior de la copa y del plato, y la limpieza esterior forma en algun modo vuestro carácter, mientras que teneis el alma manchada de mil pecados, de que os da muy poco cuidado; vuestro corazon está lleno de rapiñas y de iniquidad, y con tal que vuestras manos estén lavadas, vosotros vivís tranquilos: insensatos, ¿ignorais que Dios no hace caso sino de la inocencia y de la limpieza interior, y que cuando el corazon está corrompido, la limpieza esterior no hace otra cosa que figurar un sepulcro blanqueado? Vosotros publicais vuestras pretendidas buenas obras, haceis ostentacion de vuestros ayunos, de vuestras limosnas, y de vuestra aparente regularidad: ¡hipócritas! ¿qué es lo que ganais con todo ese aparato de virtud? La estimacion de los hombres, y en esto se cifra toda vuestra recompensa. ¡Ah! el caso es que sois muy poco estimados de los hombres, sin dejar de ser al mismo tiempo reprobados de Dios. (*Luc.* 11.)

«Desgraciados de vosotros, añadió, que muy satisfechos con pagar el diezmo de los frutos de vuestro jardin, violais la ley en lo mas importante de ella, y descuidais el hacer justicia á los hombres y el amar á Dios; debeis sí hacer aquellas cosas pequeñas, pero sin omitir estas mas graves. (*ibid.*) Desgraciados de vosotros, que haciendo escrúpulo de las cosas menores, cometeis los mayores crímenes sin remordimiento; semejantes á aquellos

que tienen miedo de tragar un mosquito, y engullen sin dificultad, por decirlo así, un camello: vosotros ansiais los primeros puestos en las asambleas, y el que os saluden en las plazas públicas; y escudados con vuestras largas oraciones, os creeis con derecho para oprimir á la viuda y al huérfano, y para cometer mil injusticias.»

Los doctores de la ley vieron bien claro que todas estas notas recaian sobre ellos, y tomando uno la palabra: «Maestro, le dijo, tú nos deshonras á nosotros con estas tachas.» Mas el Salvador no le esceptuó ciertamente mas que á los otros, y pronunció tambien contra ellos el anatema, porque imponian á los demás un yugo que ellos no habrian querido tocar con la punta del dedo, y porque no entrando ellos en el cielo, pretendian cerrar la entrada á los demás; les echó en cara el que los magníficos adornos con que enriquecian los sepulcros de los profetas á quienes sus padres habian quitado la vida, no dejaban de ser las señales de la aprobacion que daban á los crímenes de sus antepasados (*Matth.* 23.), puesto que persiguiendo á los que les decian la verdad, daban bien á entender que ellos eran hijos de aquellos que habian quitado la vida á los profetas. Así que, concluyó diciéndoles: «Acabad de llenar la medida de la iniquidad de vuestros padres.» Y añadió esta terrible amenaza: «Yo voy, pues, á enviaros profetas, sabios, é intérpretes de la ley; vosotros quitareis la vida á unos, crucificareis á otros, habrá de ellos á quienes azotareis en vuestras sinagogas, y perseguireis de ciudad en ciudad, de modo que toda la sangre inocente que han hecho derramar vuestros padres, recaiga sobre vosotros. Yo os lo aseguro en verdad, que todo esto recaerá sobre este pueblo.» Levantando despues la voz, dijo: «Jerusalen, Jerusalen, que quitas la vida á los profetas, y que apedreas á los que te ha enviado el Señor; ¡cuántas veces he querido reunir tus hijos, como la gallina reune sus polluelos bajo de sus alas, y tú no has querido! (Jerusalen se toma aquí por toda la nacion judía.) He aquí que tu casa va á quedar desierta; esto es, tu ciudad y tu templo van á ser presa de tus enemigos, que lo convertirán en una espantosa soledad.»

§. XL.

Predice otra vez Jesucristo la entera ruina de Jerusalen, figura de la que debe preceder al juicio último, y exhorta á sus discípulos á que sean fieles.

Pocos dias despues, habiendo salido Jesus del templo, se retiraba, cuando sus discípulos se acercaron á él para llamarle la atencion sobre sus edificios y su magnificencia; mas él les dijo llorando: «¿Veis bien todo esto? Pues os digo en verdad, no quedará piedra sobre piedra, todas caerán sin que quede ni una siquiera.» Esta profecía se cumplió á la letra despues de la toma de Jerusalen por los romanos, cuarenta años despues de la muerte del Salvador del mundo.

Habiéndose sentado Jesus sobre el monte Olivete, le preguntaron sus discípulos cuándo sucederia todo lo que acababa de anunciar, y cuál seria la señal de su venida, y de la consumacion de los siglos. No juzgó á propósito el Salvador satisfacerles su inútil curiosidad, y se contentó con hacerles una pintura viva y patética de la ruina de Jerusalen; y con motivo de esta desolacion general de la nacion judía en castigo del crímen que habrán cometido, el Salvador les hace un compendio de los signos terribles y de los espantosos desastres que deben preceder al último juicio, del que la entera ruina de Jerusalen y todas sus desgracias no eran mas que una débil figura.

«Llegado el fin de los siglos, les dice, en el tiempo que Dios ha determinado en sus decretos eternos, se verá un trastorno general en toda la naturaleza, la cual se armará, por decirlo así, para vengar al Criador del desprecio que se ha hecho de su omnipotencia y de su bondad. Entonces una multitud de falsos profetas desplegarán por todas partes sus artificios malignos para seducir, si fuese posible, hasta á los elegidos; todo estará en una horrible confusion; por do quiera no se verán mas que semillas de guerra, de division, y de revueltas; levantaránse las naciones contra las naciones, y la paz se verá desterrada hasta de las familias; no se verán mas que espectros, fenómenos espantosos, presagios funestos; aparecerá en todos los rostros la imágen de la muerte, y el mundo quedará desierto en estos dias de tribulacion; ¡qué de esqueletos, hasta que las frecuentes y violentas sacudidas de la tierra, que se abrirá por todas partes, den á conocer bastante que toda la masa va á disolverse! la braveza horrible del mar se manifestará por el ruido de sus olas, que elevándose cual montañas no presentarán á la vista mas que espantosos precipicios; el cielo todo encendido no mostrará ningun astro brillante, todos se estinguirán, y esta noche profunda entremezclada de rayos y de un fuego encendido por la mano del Omnipotente, anunciará, por decirlo así, los funerales del mundo: los llantos, los gemidos, los gritos de desesperacion de todos los hombres, y los aullidos espantosos de todos los animales, indicarán bastante que ha llegado el fin del

mundo; sin embargo, todo esto no será mas que los anuncios y como el preludio del último juicio. Figurémonos si es posible cual será la consternacion de los hombres á vista de este trastorno espantoso del universo. Dichosos entonces, no los grandes, no los reyes de la tierra, á quienes de nada servirá ya su poder, sino los justos á quienes asegurará su inocencia, cuando verán aparecer sobre las nubes, con gran poder y majestad, al Hijo del hombre precedido de la cruz, como de su estandarte, al rededor del que se colocarán todos los que habiéndose alistado en la milicia del Salvador hubieren muerto en su servicio: entonces resucitados ya todos los hombres, comparecerán delante de su tribunal, para ser allí juzgados y oir la sentencia sin apelacion de su eterno destino.

«En órden al dia y á la hora en que se ha de verificar este espantoso acontecimiento, cualquiera que haya de ser, nadie sabe cuando será sino mi Padre; aun á los ángeles es desconocido este momento: por lo que hace á vosotros no os apureis por saberlo, cuidad solo de prepararos para él, por una vida inocente y rica en buenas obras.»

Jesucristo conocia este momento no solo como Dios, sino tambien en cuanto hombre-Dios, pues que era debido este conocimiento á su humanidad, á causa de la union sustancial con la naturaleza divina. Así que, lo único que quiere significar Jesucristo diciendo que solamente lo sabe su Padre, es que no habia sido enviado para manifestar á los hombres este misterio, sino para enseñarles los medios de prevenir sus desgracias; por esto, habiéndoles prevenido que estuviesen alerta contra tantos falsos profetas que nada omitirian para seducir á los fieles con sus bellas palabras y falsos milagros, les exhorta á que velen de continuo para no ser sorprendidos.

Díceles en seguida, que estando constituidos mayordomos de su casa para distribuir á su pueblo el alimento de la divina palabra, debian desempeñar con fidelidad este deber, no á la manera del ecónomo insensato, que viendo que su señor no volvia, disipó en desórdenes la hacienda que se le habia confiado, y solo se sirvió de la autoridad que tenia sobre los demás criados para maltratarlos; mereciendo por esta desbaratada conducta ser precipitado con los hipócritas y los infieles al lugar de las penas, donde no hay mas que llantos y crujir de dientes: que puesto que el soberano Juez debe venir sin advertirles el dia ni la hora, velasen siempre, como un padre de familias velaria si supiese la hora y la noche en que debian venir á robar su casa: que conociendo la voluntad de su maestro, serian tanto mas criminales

si no la cumpliesen, y que cuanto mas se les confiaba, mayor seria tambien la cuenta que tendrian que dar: que por lo demás, despues de haber hecho todo lo que se les habia mandado, léjos de envanecerse ni aplaudirse por ello, se considerasen como siervos inútiles; advirtiéndoles al mismo tiempo que al desempeñar con fidelidad su ministerio no tuviesen consideracion á ser bien quistos de los hombres, de quienes no debian esperar otra cosa que desprecio, sino á Dios que siendo el único por quien debian trabajar, seria tambien solo su recompensa.

Continuando siempre el Salvador en recorrer los lugares del otro lado del Jordán pertenecientes á la Judea, viéndose seguido de una multitud de pueblo, se volvió hácia ellos, y les dijo (*Luc.* 14.): «El que viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, y aun á su propia persona, no puede ser mi discípulo, ni tampoco el que no lleva su cruz todos los dias, y me sigue.»

Cuando aquí dice el Salvador que se ha de aborrecer al padre y á la madre, no quiere decir que se les ha de tener aversion, odio formal, solo da á entender que hemos de estar dispuestos á sacrificarlo todo por su amor: la palabra *aborrecer* significa aquí, como en otros parajes de la Escritura, amar menos; de este modo es como se esplica S. Mateo: *El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí.* (*Matth.* 10.) El Salvador establece tambien el fundamento de la salvacion en la renuncia general efectiva de todas las cosas; así es que dice: «Cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo;» como si dijese, en vano se empeña en seguirme, si no desprende su corazon del amor de las cosas terrenas, y si no está dispuesto á privarse de todo lo que tiene mas amado, desde luego que puede servirle de obstáculo para el grande y único negocio de la salud.

§. XLI.

Jesucristo declara que ha venido singularmente para los pecadores, y da saludables avisos á sus discípulos.

Entre tanto, no pudiendo sufrir los escribas y fariseos la bondad y la dulzura con que dejaba que se le acercasen toda clase de gentes, publicanos, y gentes de mala vida, lo cual chocaba mucho á aquellos orgullosos hipócritas, siempre dispuestos á decir, no os acerqueis á mí, yo soy puro y neto; Jesus para confundirles les preguntó: «¿Si un hombre que tiene cien ovejas,

no deja las noventa y nueve para ir tras de la centésima que se ha estraviado; y si habiéndola hallado, no la trae, lleno de gozo, sobre sus espaldas, convidando á todos sus amigos á que se regocijen con él? como tambien, ¿si una mujer que de diez piezas de plata ha perdido una, no enciende su luz, no barre la casa, y no la busca con la mayor ansia, hasta que la haya encontrado; y habiéndola encontrado, si no es para ella como una gran fiesta este hallazgo de lo que habia perdido? Pues del mismo modo os digo yo, añadió, que hay en el cielo una alegría singular por la conversion de un solo pecador.»

Propuso Jesucristo otra parábola á sus discípulos, y en ella les dió una leccion que le venia muy á propósito para confundir la avaricia de los fariseos, como habia ya confundido su orgullo y su envidia. Díjoles, pues, á sus apóstoles, que un hombre rico tenia un administrador al cual hizo venir á su presencia, para que le diese cuenta de su administracion, y en atencion á las quejas que se le habian dado de su conducta quitarle el empleo. Que viéndose aquel recaudador á punto de quedar reducido á la mendicidad, pensó, para proporcionarse un recurso despues de la pérdida de su empleo, en llamar sucesivamente á todos los deudores de su principal, y descargarles de una parte de sus deudas, permitiendo al que debia cien barriles de aceite que recuperase su obligacion, y que hiciese una de cincuenta; al que debia cien medidas de trigo, que hiciese una de ochenta, y así de los demás. Jesucristo enseña á sus discípulos á imitar no la injusticia, sino la destreza y la industria del recaudador, haciéndoles comprender cuanto mas industriosos y mas hábiles son los hijos del siglo en sus negocios temporales, que los hijos de la luz, esto es, los fieles en el importante negocio de la salvacion. Recomiéndales en seguida que sean fieles y puntuales observadores hasta de los preceptos mas pequeños, dándoles á entender que en esta fidelidad en las cosas menores es en donde aparece la mayor virtud.

Añadió luego que el mundo estaba lleno de escándalos, y que era necesario que así sucediese; pero que desgraciado aquel por quien viniese el escándalo: que por lo demás, el cuidado con que debia uno alejarse de todo lo que pudiera servirnos de motivo de escándalo, no debia sofocar en el corazon la caridad que debe tenerse á las personas que le causan, sobre lo cual dió á sus discípulos reglas escelentes para corregir al que nos hace mal, y para perdonarle la ofensa que se ha recibido de él: «Si vuestro hermano os ha ofendido, les dice, buscadle, y reprendedle con dulzura, sin que haya mas testigo que él y el ofendido, á fin de ganarle, si se puede, con un porte tan lleno de caridad y de sabiduría; si la correccion secreta no produce ningun efecto, bueno es reiterarla delante de dos ó tres personas prudentes y discretas; y si esto es todavía inútil, avisad á los superiores sobre su conducta, y delatadlo á la Iglesia; si ni aun la voz de la Iglesia escucha, miradle como un infiel, como un escomulgado.» Habiéndole preguntado Pedro, á consecuencia de este discurso, cuántas veces debia perdonar las ofensas recibidas, le dijo Jesus que el perdon debia concederse tantas veces cuantas se recibia la ofensa: «Yo no te digo, añadió, que perdones solo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete,» esto es, en cada vez que se recibe una injuria· estas dos espresiones no señalan un número determinado. S. Pedro preguntaba, si un hombre á quien se ha perdonado muchas veces no se hace indigno de perdon, y Jesucristo quiere que perdonemos tantas veces cuantas se nos ofenda.

Pasando luego Jesus por una aldea, vió que se dirigian á él diez leprosos, los cuales parados á lo léjos esclamaron: *Jesus, nuestro maestro, ten misericordia de nosotros* (*Luc.* 17.); inmediatamente el Salvador les mandó que fuesen á presentarse á los sacerdotes; obedecieron, y cuando iban allá se encontraron limpios. Dábales bastante á entender Jesucristo por estas palabras que serian curados en el camino, puesto que no debian ir á presentarse á los sacerdotes sino despues de estar limpios, á fin de que estos pronunciasen sobre su curacion. Uno de ellos que era samaritano, y por consiguiente estranjero con respecto á los judíos, volvió atrás inmediatamente glorificando á Dios, y arrojándose á los pies de Jesus, con el rostro pegado á la tierra, le dió mil gracias por la salud que le habia dado. Queriendo Jesucristo dar á conocer cuan diferente era para con él la conducta de los gentiles, de la del pueblo judío: «¿No han sido curados todos los diez, dijo, dónde pues están los otros nueve? ¿No ha habido entre ellos mas que este estranjero que haya vuelto á dar gloria á Dios?» y dirigiéndose á él, le dijo: «Levántate, vete en paz, porque tu fe te ha salvado;» queriendo sin duda decir en esto que además de su curacion, su reconocimiento para con su Salvador le habia merecido la gracia de llegar á ser su discípulo.

Los saduceos, herejes judíos, que no creian la resurreccion, creyeron parar al Salvador haciéndole una pregunta capciosa: «Maestro, le dijeron, una mujer que hubiera tenido sucesivamente hasta siete maridos, ¿de cual de los siete seria mujer al tiempo de la resurreccion?—Vosotros, les respondió el Salvador,

vivís en un error, formando de la otra vida la misma idea que de esta; al tiempo de la resurreccion no habrá ni maridos ni mujeres, sino que todos serán como son los ángeles de Dios en el cielo.»

§. XLII.

Jesucristo resucita á Lázaro.

De todos los milagros que Jesucristo ha hecho, puede decirse que ninguno hubo tan pasmoso, ni que hiciese mas ruido que la resurreccion de Lázaro.

Era Lázaro un sugeto de distincion entre los judíos: moraba en Bethania, poblacion pequeña cerca de Jerusalen, con sus hermanas Marta y María, todos discípulos del Salvador, que amaba á esta santa familia, y que á su paso por allí se habia hospedado algunas veces en su casa. Habiendo caido Lázaro peligrosamente enfermo, sus hermanas enviaron un espreso á Jesus para noticiárselo, diciéndole solamente: que *el que amaba estaba enfermo.* (*Joan.* 11.) Habiendo recibido Jesus esta noticia, respondió que esta enfermedad no habia sobrevenido para que de ella muriese, sino para gloria de Dios, y á fin de que el Hijo de Dios fuese glorificado por ella. Detúvose aun dos dias en el mismo lugar, que se cree fuese Betábara. Pasados estos dos dias, dijo á sus discípulos: «Volvamos á Judea.—Qué, Señor, le dijeron, ¿hace poco que los judíos querian apedrearos, y quereis volver á un país donde se ha jurado acabar con vos?» Hízoles entender Jesus que nada se emprenderia contra él, hasta que él lo permitiese; y despues les dijo: «Nuestro amigo Lázaro duerme, mas yo voy á despertarle.—Si duerme, respondieron ellos, él se zafará del sueño.» Llamaba Jesus la muerte de Lázaro un sueño, porque sabia bien que no le costaria mas el resucitarle que el despertar á un hombre que vive y está dormido. Entonces les dijo Jesus abiertamente: «Lázaro ha muerto, y yo me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, para que así se perfeccione mas vuestra fe.» El Salvador no llegó á Bethania hasta cuatro dias despues de haber sido Lázaro enterrado. Como Bethania estaba cerca de Jerusalen, habian ido muchos de esta capital para consolar á las dos hermanas de la muerte de su hermano. Apenas supo Marta que Jesus llegaba, le salió corriendo al encuentro hasta fuera del pueblo, y deshaciéndose en lágrimas: *Señor,* le dijo, *si hubieseis estado aqui, no hubiera muerto mi hermano; pero yo sé que todo lo podeis* (*Joan.* 11), *y esto es lo que me consuela.—Tu hermano resucitará*, la dijo Jesus. Respondióle Marta: «Yo sé que resucitará en el último dia al tiempo de la resurreccion.—Yo soy la resurreccion y la vida, repuso Jesus; el que cree en mí vivirá, aun cuando hubiere muerto; y cualquiera que cree en mí, no morirá para siempre: ¿crees esto?—*Sí, Señor*, respondió ella, *yo creo que vos sois el Cristo, Hijo de Dios vivo, que habeis venido á este mundo.*» Dicho esto, fué corriendo á avisar á su hermana María, y la dijo al oido: «El Maestro ha llegado y te llama.» Al oir esto, levantóse María y salió á recibir á Jesus fuera del pueblo en donde Marta le habia encontrado. Todos los que estaban en su aposento con ella la siguieron, creyendo que iba á llorar al sepulcro de su hermano.

Inmediatamente que llegó al lugar en donde estaba Jesus, se echó á sus pies, y le dijo llorando: «Señor, si hubieseis estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.» Viendo Jesus llorar á las dos hermanas y los judíos que habian venido con ellas, se enterneció y derramó tambien algunas lágrimas, por lo cual se decian los judíos unos á otros: «Mirad cómo le amaba.» Algunos tambien dijeron: «¿Pues qué, el que ha dado la vista al ciego de nacimiento, no podia impedir que este hubiese muerto?» Preguntó entonces el Salvador en dónde le habian enterrado; no porque lo ignorase aquel á quien nada estaba escondido, sino que queria que todo llamase la atencion para que el milagro conmoviese mas. «Tomaos la molestia de venir, y lo vereis,» le dijeron. Habiendo ido Jesus al lugar de la sepultura (era un sitio cavado en la roca, sobre el cual habia puesta una piedra; porque los sepulcros de los judíos eran ordinariamente unas especies de grutas, abiertas en las rocas, ó hechas de cal y canto, cuya entrada se cerraba con una gran piedra; habia en estas grutas muchos nichos ó retretes capaces para colocar un cuerpo. El modo de sepultar entre los judíos era cubrir la cabeza y el rostro con un lienzo, que los latinos y los griegos llamaban sudario; envolvíase el resto del cuerpo con un paño que se ajustaba en seguida con muchas vendas desde las espaldas hasta los pies); habiendo, pues, Jesus llegado al sitio de la sepultura, ordenó que se quitase la piedra que la cerraba. «Señor, le dijo entonces Marta, no puede menos de oler mal, porque hace ya cuatro dias que está enterrado.—¿No te he dicho, repuso Jesus, que si creias, verias á Dios glorificado?» Quitóse, pues, la piedra: quiere que se abra el sepulcro, dice S. Ambrosio, para que todos los que estaban presentes conociesen bien por la hediondez del cadáver que estaba ya medio podrido. Entonces levantando Jesus los ojos al cielo, dijo en voz alta: *Padre mio, os doy gracias porque me*

habeis oido: bien sabia yo que siempre me oís; pero lo que he dicho es por la multitud que está presente, á fin de que crean que vos me habeis enviado. (*Joann.* 11.) El Salvador, dicen los santos Padres, levanta los ojos al cielo, y se dirige á su Padre Dios, á fin de que no se le pueda acusar de que usa de sortilegios, y de que obra tan gran milagro en nombre del demonio. Le da gracias porque le ha escuchado aun antes de haberle rogado: añade que sabe bien que su Padre le oye siempre, para mostrar, dice san Crisóstomo, que no es como los demás profetas que necesitan rogar mucho á Dios para ejecutar acciones milagrosas, las cuales las hace él por su propio poder. Habla como si la cosa estuviese ya hecha, porque está seguro que como no puede querer mas que lo que quiere su Padre, no podria tampoco su Padre no querer lo que él quiere, lo que prueba evidentemente la unidad de voluntad y de poder. Añade el Salvador que lo que ha dicho, no lo ha dicho sino para que los que están presentes se impongan bien y crean que él es el verdadero Mesías enviado por su Padre celestial, con el que no tiene mas que una misma voluntad. Nótase que el Hijo de Dios ha cuidado siempre mucho de persuadir bien al pueblo que en nada es inferior á su Padre; que si le ruega, y le habla alguna vez como hombre, en cuyo concepto es inferior á su Padre, mezcla siempre en su oracion algunos rasgos que muestran su igualdad.

Habiendo proferido el Salvador estas palabras, esclamó con un tono de voz muy alto: *Lázaro, sal fuera.* (*Joann.* 11.) A estas palabras salió el muerto del sepulcro con las vendas que le ligaban los pies y las manos, y con el lienzo que le cubria el rostro. Hubo aquí un segundo milagro, sin el cual no era posible que ninguno por mas resucitado, por mas vivo que estuviese, pudiese salir del sepulcro teniendo los pies ligados y unidos el uno con el otro, y las manos atadas á los costados. Dióle bien á entender Jesus, mandando que se le desatase, dejándole en disposicion de poder caminar.

Jamás se presentó prodigio tan sorprendente: ofrecíase en él una demostracion muy visible de la omnipotencia y de la divinidad de Jesucristo; ninguna cosa probaba mas invenciblemente que él era el Mesías: los mismos judíos que estaban presentes no pudieron menos de rendirse á esta conviccion y reconocerle por tal. Habian visto á Lázaro muerto y sepultado de cuatro dias, el cadáver medio podrido que arrojaba fetor, habian quitado ellos mismos la piedra que cerraba el sepulcro; y al solo precepto de Jesus intimando al muerto que saliese, Lázaro sale, atado todavía, ajustado con las vendas, y envuelto en sus lienzos mortuorios. Desátasele en su presencia, ellos mismos le desatan. Lázaro vuelto del otro mundo, Lázaro resucitado abre los ojos, ve, habla, se echa á los pies de Jesucristo, le adora, y pocos dias despues se le ve en buena compañía con él á la mesa, y mas de sesenta años despues predica el Evangelio á los marselleses, y convierte á cuasi toda aquella célebre ciudad; y por fin tiene la dicha de dar su sangre y su vida por aquel que le habia sacado del sepulcro. Un milagro tan pasmoso, tan evidente, convirtió un gran número de judíos, que fueron testigos oculares. La fama de este prodigio se esparció muy pronto por todas partes; muchos tambien de los que habian sido testigos, fueron corriendo á Jerusalen para contar á los sacerdotes, á los escribas y á los fariseos la maravilla que Jesus acababa de hacer, y este milagro se hizo el asunto ordinario de todas las conversaciones.

§. XLIII.

Tienen consejo los judíos contra el Salvador, y determinan quitarle la vida.

La resurreccion de Lázaro era, por decirlo así, un milagro vivo, y cada uno podia convencerse de él por sus propios ojos. Todo Jerusalen resonaba con las alabanzas que se tributaban á Jesus, á quien ya no se le llamaba mas que el Mesías; y á la verdad era muy difícil no reconocerle por unos rasgos tan brillantes. Sin embargo los sacerdotes, principalmente los mas calificados, los fariseos y los escribas bien informados por sí mismos de la verdad del hecho, se juntaron para deliberar sobre lo que debian hacer. Era mas claro que la luz que un hombre que dice que es el verdadero Hijo de Dios y el Mesías, que lo prueba con los mas grandes milagros, y en quien se verifica todo lo que los profetas han vaticinado del Hijo de Dios, debe ser reconocido por tal. No se debia concluir otra cosa, es verdad; pero cuando es la pasion la que domina, cuando la envidia y el odio se han apoderado del corazon y del espíritu, todo es furia, todo ceguera, ya no se raciocina; esto es lo que aparece visiblemente en toda la conducta que observan con Jesucristo los fariseos y los príncipes de los sacerdotes: convienen todos en el principio, están todos convencidos de los hechos; pero concluyen todos que es menester deshacerse de un hombre tan maravilloso, en quien todo el mundo reconoce todos los rasgos y el carácter del Mesías. Tal fué la deliberacion y la conclusion de aquella impía asamblea.